

ÉLMER MENDOZA

El caso de Marlene Stamos  
y otros cuentos

El caso de Marlene Stamos  
y otros cuentos

ÉLMER MENDOZA



VOZ DEL AUTOR

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

VOZ DEL AUTOR



ÉLMER MENDOZA



**El caso de Marlene Stamos y otros cuentos**



---

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers  
*Rector*

Jorge Volpi  
*Coordinador de Difusión Cultural*

Rosa Beltrán  
*Directora de Literatura*

Carolina Domínguez  
*Voz Viva*



VV - 142

Primera edición en CD, noviembre 2019

DR © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México,  
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán. C.P. 04510,  
Ciudad de México.

ISBN de la serie 970-32-2744-9

ISBN

"Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales."  
Impreso y hecho en México.

---



ÉLMER MENDOZA



**El caso de Marlene Stamos y otros cuentos**

Presentación  
Ilda Elizabeth Moreno Rojas



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



Fotografía: Jesús García.

**Élmer Mendoza.** Nació en Culiacán Sinaloa en 1949.

Escribe cuentos, novelas y un poco de teatro. Es comentarista en el periódico El Universal, básicamente de novelas.

Estudió Electrónica en el IPN y Letras Hispánicas en la UNAM.

Ha sido reconocido con el Premio Tusquets de novela, con el Fuentes Mares y con medallas al Mérito por Durango, Chihuahua, Sinaloa, Guanajuato, Nuevo León y Tamaulipas. Es miembro de El Colegio de Sinaloa, Correspondiente de la Academia Mexicana de La lengua y del Sistema Nacional de Creadores.

Maestro en la Universidad Autónoma de Sinaloa.

Vive en Culiacán, Sinaloa con su esposa Leonor Quijada.



Fotografía: Héctor Parra Zarita.

**Ilda Elizabeth Moreno Rojas.** Licenciada en Letras Españolas por la Universidad Autónoma de Nuevo León, maestra en Ciencias del Lenguaje por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y doctora en Ciencias Sociales por el Colegio de Michoacán. Ha sido coordinadora y editora de varios libros, entre los que destacan *Lengua literatura y región* (2009), *Lengua y literatura. Historia y reflexiones* (2010) y *Espacio y discurso. Perspectivas acerca de regiones literarias y lingüísticas* (2012), *Élmer Mendoza* (2015) *Mariano Escobedo. Ciudadano sinaloense* (2017). Es también autora de diversos artículos sobre literatura publicados en revistas nacionales e internacionales y directora de las colecciones *Sentimientos de la Nación*, *Suave Patria* y *Obras Universales*, publicadas por la UAS. Desde 1987 es profesora e investigadora de la Facultad de Filosofía y Letras donde es responsable de la línea de investigación *La Literatura del Norte de México*. Desde 2009 se ha desempeñado como directora de Editorial de la UA.



---

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

DEL LIBRO *TRANCAPALANCA*

El caso de Marlene Stamos 45

DE LIBRO *MÚSICAS NEGRAS*

El secuestro de Fogerty 45

DEL LIBRO *TRANCAPALANCA*

Merzapoyera 45





---



---

## PRESENTACIÓN

### Élmer Mendoza. Una literatura vital

Hoy es un hecho incontrovertible: Élmer Mendoza es uno de los narradores mexicanos más destacados de la actualidad. Una larga lista de premios, traducciones a diversas lenguas, publicación de su obra en editoriales de prestigio y, sobre todo, el reconocimiento y la fidelidad de miles de lectores sustentan tal afirmación. No obstante, la trascendencia de esta exitosa carrera literaria se debe a que sus logros no surgieron porque el autor hiciera concesiones para buscar elogios o el éxito en el mercado editorial, sino todo lo contrario: de ir a contracorriente, de mostrar y demostrar que la literatura mexicana era y debía ser algo más que la promovida tradicionalmente desde el centro del país.

Élmer Mendoza comenzó a publicar hace más de cuarenta años y desde un principio encontró la voz, las historias y los lugares que quería narrar; lo siguiente, y más meritorio, fue ser fiel a sí mismo. Con el paso

---

del tiempo, junto a un grupo de autores, la mayoría norteños, unidos por el interés común de la patria chica y sin programa o manifiesto –lo cual, hay que decirlo, nunca hubiera sido su estilo–, los escritores del norte trabajaron durante años por el derecho a tener carta de naturalidad en la República de las Letras. Élmer abrió brecha en ese sentido: algunos de sus grandes logros, aunque para nada los únicos, han sido construir un lenguaje narrativo personal a partir de una identidad regional, añadir nuevos mitos y nuevos ángulos a la novelística mexicana y que Sinaloa –en especial Culiacán– fueran incorporados, con su identidad y sus historias, en el mapa de la literatura nacional y después en el ámbito internacional.

Se ha afirmado y con razón que Élmer Mendoza es el creador del género de la narcoliteratura o, al menos, el precursor; sin embargo, los tres textos que conforman este disco, “El caso de Marlene Stamos” y otros cuentos, son una muestra de la diversidad de temas, géneros y recursos que constituyen su obra.

Aunque fue *Un asesino solitario* (1995) lo que lo dio a conocer fuera del ámbito regional y sus novelas las que lo han posicionado como uno de los narradores más conocidos y leídos de México, el autor ha escrito, además,



un buen número de cuentos publicados en siete libros. En el transcurso de 1978 a 1991 aparecieron *Mucho que reconocer* (1979), *Quiero contar las huellas de una tarde en la arena* (1985), *Cuentos para militantes conversos* (1987), *Trancapalanca* (1989) y *El amor es un perro sin dueño* (1991). Después de un silencio de dieciocho años en el que publica sus primeras tres novelas,<sup>1</sup> regresa al cuento con *Firmado con un klínex* (2009).

Como se ve, Mendoza inició su carrera como cuentista, sin embargo, críticos y estudiosos de la literatura no han escrito mucho sobre esta etapa, tal vez porque algunos de sus primeros libros fueron publicados en editoriales locales con poca difusión o porque sus novelas son más apreciadas. Por ello, para los lectores que hemos seguido su carrera literaria, resulta interesante que esta antología nos presente dos cuentos de su primera época que son, además, de temática distinta, “El caso de Marlene Stamos” y “Merzapollera” de su libro *Trancapalanca*, y uno más reciente, “El secuestro de Fogerty”, publicado en el libro *Músicas negras* (2019). Esta antología presentada por la Universidad Nacional Autónoma de México constituye, entonces, tres joyas de la narrativa mexicana breve.

<sup>1</sup> Un asesino solitario, El amante Janes Joplin (2003) y Cóbrasele caro (2005).



El primer cuento es un sentido homenaje a la literatura policiaca en el cual Mendoza hace evidente su afición, lecturas y conocimiento de las obras clásicas de dicho género. El texto de apenas una página y media contiene todos los elementos que exige un relato de este tipo: un crimen, una víctima, un asesinato, sospechosos, móviles y un detective de gabardina y pipa que, pese a sus razonamientos, es derrotado. Aunque parece contado por un narrador heterodiegético, sorprende la voz de un narrador en primera persona que cierra el relato.

Los recursos de la omisión y de la elipsis en la construcción de la trama, que exigen al lector la participación activa para completar el relato, conjuntamente con la supresión de signos tipográficos, tienen como efecto un dinamismo en la narración que será después una característica de la prosa de su novelística.

El cuento “Merzapollera” es una especie de crónica de una competencia internacional de maratón. El protagonista, un atleta sinaloense, culichi para ser preciso, se enfrenta a un nigeriano, el favorito. El relato en su línea principal narra la justa de estos dos atletas de países diferentes que confrontan culturas y fe. El primero, en la Virgen de



Guadalupe; el segundo, en una especie de afiche. De cuando en cuando, el narrador se detiene para contarnos mediante analepsis los intensos preparativos físicos y mentales del deportista mexicano en su ciudad natal, sus motivaciones y temores. A medida que avanza la trama se acelera el discurso tal y como los personajes aceleran la carrera. El narrador usa el recurso de la ironía para el dramático final con lo cual se consigue un cierre inesperado.

Este es un cuento interesante que retoma una parte biográfica del autor, pues él mismo fue maratonista y compitió en justas internacionales; no encaja en la novela noir, donde ha encontrado un estilo que lo distingue, sobre todo, por un uso del lenguaje oral como referente de una identidad regional.

“El secuestro de Fogerty”, como lo indica su título, narra el rapto del cantante del conocido grupo de los años setenta, Creedence Clewater Revival. Aunque el espacio protagónico de la mayoría de las obras de Élmer Mendoza es su natal Culiacán, este relato de más reciente cuña se despliega en el puerto mazatleco. Aquí, por primera vez El Zurdo Mendieta, personaje icónico de sus novelas negras figurará en un cuento acompañado



de otros personajes de la saga de este detective: Gris Toledo (su pareja en la policía), Ger, el comandante Omar Barrientos y, como contrapunto, Samantha Valdéz, la jefa del Cártel del Pacífico.

En el relato, los Creedence arriban a Mazatlán para dar un concierto; Fogerty, aburrido, se sale del hotel a recorrer el puerto y es secuestrado por unos desconocidos. El asunto se agrava porque, además del concierto, se realizará el Tianguis Turístico con el cual “el Góber pretende vender la imagen de una región hermosa y pacífica” (193). Para colmo, llegará el presidente del país.

El Zurdo Mendieta y su equipo, entonces, son llamados para investigar y rescatar al famoso cantante porque, aunque hay policías locales y federales, no se confía en ellos, especialmente en estos últimos, ya que “son muy gandallas” (188).

Contado mediante un lenguaje irónico y con humor, el relato se centra en las pesquisas del detective ayudado por su compañera y un competente informático, Stevejobs. Pese a los esfuerzos, la hora del concierto va acercándose y el asunto no parece tener solución hasta que llega una ayuda inesperada de su contraparte, Samantha Valdéz, quien finalmente colabora



para que el Zurdo regrese al cantante, salve el evento y la imagen de la llamada Perla del Pacífico.

“¿Qué clase de policías son ustedes?”, pregunta el gobernador asombrado de tan pronta resolución, pero ignorante de dónde ha venido la ayuda. “Unos que tiene pacto con el diablo”, le responde el Zurdo. Como sabemos, no es la primera vez que el detective se alía con las fuerzas que combate por conveniencia, quedando incierto en este espacio la línea entre el bien y el mal.

Al igual que en sus novelas, en este cuento Élmer Mendoza hace uso de todos los recursos que definen y le han dado un sello distintivo a su obra: el humor, la ironía, el lenguaje coloquial de los personajes que incluso aquí contagia al narrador; también está la supresión de signos tipográficos que imprimen dinamismo a la historia contada, las referencias a la música, que aquí es uno de los temas principales, y las referencias a la realidad al mencionar lugares existentes de Sinaloa, los personajes y situaciones, porque en Mendoza se mezclan armónicamente la imaginación y lo real.

Como se puede ver en estos cuentos, la literatura de Élmer Mendoza ha sido una constante exploración sobre los temas más inquietantes





de principios de este siglo con lo cual ha abierto nuevos caminos en la literatura mexicana desde una perspectiva irónica y mediante una continua experimentación del lenguaje para poner en perspectiva la identidad de una región, constituyendo así una obra que hoy por hoy es un referente en la literatura mexicana. Como él ha afirmado: “Lo que siempre he deseado y sigo deseando es hacer una literatura vital, representativa de mi tiempo [...] me complace [...] ser la voz de un pueblo, ser su habla, su ironía, su temeridad y su desconcierto [...]”.

#### Bibliografía

- Mendoza, É. (1989). *Trancapalanca*. México: Dirección de Fomento y Cultura Regional / Gobierno del Estado de Sinaloa.
- Mallo, E., Mendoza, É., Monfort, V. y Rosende, M. (2019). *Músicas negras*. México: Siruela Policiaca.



DEL LIBRO TRANCAPALANCA  
El caso de Marlene Stamos

El detective bajó los ojos después de contemplarse en el espejo; metió un picadientes en su boca, se sentó en el sillón destinado a los clientes y se miró las manos. Vacías. Lejos de mujer. Alumno de Holmes, Fantomas, Lupin, Poirot, Queen, Spade, Maigret, Marlowe, Smiley, Carvalho, Belascoarán..., había sido brillante. Poseía todas las cualidades del espejo. Ahora soportaba el mundo gris del fracaso, de los “no es posible”, de la evidencia de que la experiencia no basta.

Sumido en una soledad sin barreras que lo separaba del mundo, observó sus dedos largos laxos el piso la punta de los zapatos.

Algo no encajaba. También faltaba algo para encajar.

Repasaba la historia:

Marlene asesinada

sola en la casa de la playa

un pañuelo

---

un viaje  
un exmarido  
un boxeador  
un padre millonario  
una madrastra  
un mayordomo  
dos seguros  
un lanchero  
una discoteca  
un fuerte donativo al Frente contra la Represión un médico  
un excompañero de prepa  
un congreso de estilistas de belleza  
un cadáver  
el tiempo  
otro cadáver  
múltiples advertencias para que se olvidara del caso.

El detective se tocó la nariz. Pensó en los nudos y posibles olvidos, en los cabos, en el entorno social de los implicados. Durante muchas horas



meditó y su rostro se reafirmó en el color de la amargura. Ser humano no es pretexto. Su cuerpo olía a derrota, a final de sonrisa.

Al amanecer lo decidió.

Se puso de pie. Apenas le circulaba la sangre.

Al salir desprendió el letrero: F.H. DEL REAL, DETECTIVE PRIVADO, sin reparar en las minúsculas.

Entró en la puerta siguiente donde tenía su dormitorio. Se quitó la gorra negra y la gabardina. Ojos rojos. El traje oscuro de casimir inglés. Alguna humedad. Tomó la caja de habanos y la tiró al cesto de la basura. Respiraba con lástima. La pipa. No escuchó el teléfono. Abandonó el departamento vestido apenas con un suéter sobre una camisa a cuadros y un pantalón desteñido.

Sus pasos sombríos se mezclaron con la escalera.

Un espasmo de sombras prendía velas a su doble muerte de víctima importante.

Salió.

La calle

ávida sempiterna de desperdicios



lo tragó con deleite.

Con los años, un vasto grupo de detectives se declaró incompetente para descubrir al asesino de Marlene.

Hasta que llegué yo.

Pero esa es otra historia.



## DEL LIBRO *MÚSICAS NEGRAS*

### El secuestro de Fogerty

Harto del aire acondicionado del hotel y del desayuno regional, ahído del mismo paisaje marino y de un manglar en rehabilitación, John Fogerty, el creador del sonido Creedence, vestido con sus tradicionales jeans y camisa a cuadros, salió a dar un paseo por los jardines que rodean la unidad de suites del hotel Marina del Cid, donde se hospedaba la banda, que esa noche, debía abarrotar el paseo de Olas Altas en el malecón de Mazatlán Sinaloa, México. Era el grupo estrella que se presentaría en el Tianguis Turístico 2018, tocarían sus grandes éxitos y reafirmarían su eterna grandeza en el universo del rock. Empezarían con *Born on the bayou*, esa rolita que tantos recuerdos le traía de su natal El Cerrito California y que en su tiempo consiguió el número 2 en la lista de Billboard. Después cantaría *Proud Mary*, aunque sus compañeros prefirieran *Down on the corner*. Esa sería la tercera. Pensaba en esto cuando se topó con dos hombres que se le echaron encima. Uno le recetó un cachazo en la cabeza y ambos pusieron Berettas ante sus ojos.



Hey amigous, qué pasar.

Su español era típico de un gringo que por fuerza debe convivir con más o menos cinco millones de latinos en su estado natal. Se puso pálido, asustado y arrepentido de haber salido de su habitación de esa manera: sin avisar a nadie. Debían ser las nueve de la mañana y el concierto sería a las ocho de la noche. *Have you ever seen the rain*, sería la última.

Si te mueves te chingas, pinche Tigre.

Expresó él que lo había golpeado. Su compañero agregó.

Y cállate el hocico, cabrón.

Lo amordazaron con cinta canela, con la misma le ataron las manos en la espalda y tambaleante lo condujeron hasta un auto negro que esperaba a unos metros y lo encerraron en la cajuela. Los ojos se le salían del miedo.

Mendieta se encontraba en la sala de su casa, escuchando *The boxer* de Simón & Garfunkel, la versión de Alison Krauss y Shawn Colvin; tranquilo, movía la bota Toscana al ritmo acogedor de la canción. Acababa de hablar con la jefa del cártel del Pacífico y se verían por la noche, en su casa. Tengo suficiente whiskey del que te gusta y quiero celebrar dos cosas contigo,



Zurdo Mendieta, lo animó la capiza. Una tiene que ver con la pendejez de tus jefes. Luego, como era su costumbre, cortó. Escuchó el Séptimo de caballería de su celular, pensó que algo se le habría olvidado a Samantha Valdés pero no, era el comandante Omar Briseño y lo dejó sonar hasta que se apagó. Es sábado, diez de la mañana, la hora sagrada de rascarse los huevos, y él seguramente fue al Costco, está atorado en el tráfico y no tiene a quien joder; pues que se joda el mismo. Apenas pensó lo anterior escuchó una frenada espanta pájaros frente a su casa. Pinches locos, toda la vida andan matándose, concluyó, apuró un trago breve de nescafé con whiskey y volvió a poner atención a las voces dulces de las cantantes que oía a bajo volumen. Sin embargo, el gusto le duró poco. Alguien abrió la reja y dos segundos después tocó la gruesa madera. ¿Qué onda?

No estoy.

El mismo comandante Briseño apareció en la puerta que Ger, que había ido al abarroto a comprar machaca, dejó sin seguro.

Ya, no estoy para bromas estúpidas, Edgar.

Tomó asiento sin que nadie lo invitara.

¿Te suena el nombre de John Fogerty?





No me diga que al fin aprecia el buen rock, comandante. Felicidades.

Me importa un carajo el rock y los drogadictos que lo escuchan o lo tocan, y veo que te suena. Pues lo acaban de secuestrar en Mazatlán y el gobernador está vuelto loco. Con su Tianguis Turístico quiere dar una imagen al mundo que no es esa.

Buen plan del Góber, ¿no?

Mendieta comprendió la presencia del comandante pero no pensó ceder.

Me dicen que los Credence, o como se llamen, deben tocar esta noche el concierto de apertura del Tianguis, y ese señor es parte del grupo. Piden nuestra ayuda, concretamente la tuya y la de Gris Toledo, que está afuera esperando que salgas para largarse al puerto.

¿Qué no hay polis en Mazatlán?

Este es un asunto del gobierno estatal y justamente nosotros somos Policías estatales, así que sube a esa maldita camioneta y lárguense de una vez, si llegaras a necesitar ropa, seguro allá de seguro encuentras.

¿Cuándo dijo que es el concierto?

Hoy en la noche, lo secuestraron hace rato y no tienen ninguna pista.



¿Llamaron a alguien?

¿A quién crees? Al gobernador. Quieren cinco millones de dólares.

Pues que los pague, ahí anda presumiendo de que somos ricos.

Tal vez podría pagarlos, pero el Tianguis no serviría para nada, y eso afectaría a México.

¿Qué no andan los Federales allí?

Sí, pero mejor que no se metan, ya vez cómo nos ha ido siempre con ellos.

Sí, son bien gandallas. Aconséjale al Góber que cancele el concierto y santo remedio.

Qué se me hace que quiere un cd firmado.

No quiero nada, y tampoco no tengo idea de quién es.

Se pusieron de pie. Mendieta bebió rápidamente su resto de café y salió detrás de su jefe.

Encontraron a Ger en la entrada. Había conversado con Gris, le sonrió y le deseó buen viaje.

---

Llegaron directo al lugar de los hechos. Avisaron al capitán Noriega, un robusto bebedor, gran amigo del Zurdo, que se encontraba en el restaurant vaciando tarros de cerveza negra. Rápidamente se presentó. Se abrazaron, saludó a Gris, notó su embarazo y expresó.

Igual eres muy hermosa, Gris, y no soy celoso.

La agente sonrió. Le caía bien el mazateco.

Gracias capitán.

Se ve que le has invertido a esa barriga.

Cada día tiene más valor.

Cuéntame de esta onda.

No hay nada, Zurdo, salvo que todo mundo está histérico y el concierto es en siete horas. Hemos peinado ciertas zonas donde creemos que se refugian los secuestradores pero nadie ha notado algo raro. Ni vecinos ni halcones. Fotografiamos este letrero antes de borrarlo: *zi kieren a yon vibo pagen ya.*

Mendieta observó el celular de Noriega y lo pasó a Gris.

¿Dónde lo encontraron?

Antes de tomar la calle que lleva al resort Emerald Bay.



Gris observó la foto detenidamente y la envió a su celular dividida palabra por palabra.

Dijo el comandante que llamaron al Góber, ¿Sabes algo de eso?

Le hablaron de un celular de una tienda; lo decomisamos y las únicas huellas que encontramos son las del vendedor, que recuerda a una señora de lentes oscuros que probó el aparato a primera hora. Luego no supo más; la hemos vigilado y es una tienda con muchos clientes. El vendedor, que también es el dueño, no tiene antecedentes.

Nadie vio nada ni a nadie.

Exactamente.

¿Tienes el video del lugar?

Lo tengo, el dueño identificó a la cliente.

En un momento lo vemos, ¿hablaste con los miembros de la banda?

Sí, pero les vale la madre. Dicen que el bato es bien largo, bien locochón y que debe andar por ahí en el rol, que seguro aparece antes del concierto.

¿Le informaste al Góber.

Sí, pero insiste en que lo encontremos. Viene el presidente y pretende saludar a Fogerty.



¿El presidente? Te está piñando, si sólo lee la biblia no creo que le guste el rock. Seguramente es fan de Timbiriche.

Sea como sea, hay que rescatar ese cabrón; dicen sus compas que es claustrofóbico.

Además canta y toca poca madre la guitarra, y el grupo tiene varias rolitas inmortales, ¿recuerdas *Cotton fields*?

A mí el rock nunca me gustó y no tengo idea de quiénes sean esos güeyes.

Pa eso me gustabas, pinche Noriega, qué manera de valer madre. Si no te gusta el rock, olvídate que te vayas al infierno y el pinche cielo ha de ser de lo más aburrido, para empezar, no hay cerveza.

Está cabrón; bueno, ¿por dónde empezamos?

¿Tienes el celular del Góber?

Cómo crees, lo único que sé es que ese aparato es muy exclusivo, no creo que se lo suelte a nadie.

Al primero que entrevistaron fue a Doug Clifford, el baterista con algunos kilos de más. Mendieta lo miró con respeto.



Señor Clifford, al parecer venían por usted y se llevaron a Fogerty; ¿sabía usted la existencia de este enemigo?

¿Qué? Qué le hace pensar eso? No tengo enemigos.

La persona que llamó para el asunto del rescate dijo: Tenemos a Clifford, señor gobernador.

Pues qué idiotas, lo último que quisiera en mi vida es parecerme a ese cabrón egocéntrico. Eso que le ha pasado, lo merece, y espero que lo traten como a un perro sarnoso.

El Zurdo lo observó: echaba chispas. Sin duda las desavenencias entre los miembros de la banda eran agudas. Mendieta recordó que el hermano de John, Tom, había muerto años atrás en Scottsdale, ese pequeño paraíso al lado de Phoenix, y que tampoco se llevaba bien con el vocalista de una de las bandas más populares de finales de los sesenta y setenta.

Dígame el nombre de esa persona que lo podría tratar como a un perro.

Yo qué sé, simplemente estoy tratando de decirle que no me importa lo que le pase a ese demonio infernal.

¿Estaría dispuesto a poner la mitad de lo que piden los secuestradores? Quieren cinco millones.



Ni un cuarto. Por mí que se pudra.

¿Pueden prescindir de él para el concierto?

Desde luego que sí. Como es un lunático estamos preparados para cualquier eventualidad. Una vez se negó a salir porque no traía un jeans y una camisa cuadrada, cuando hacía tiempo que había cambiado de estilo.

El odio es como una pinche araña, no cabe duda. Crece con el calor.

El bajista y tecladista Stu Cook, se hallaba abatido. No lo podía creer. Escuchaba uno de los primeros discos de la banda: Green River, de 1969, en ese momento el hit *Bad Moon Rising*, que Mendieta recordaba perfectamente.

Es un tipo al que no invitaría a cenar a mi casa pero no lo merece; además es un genio, sin él Credence no sería lo que es.

No sabía de algún enemigo al acecho capaz de secuestrarlo y estaba dispuesto a poner la mitad del rescate si fuera necesario.

Creo que debimos acatar la sugerencia de no visitar este país, es demasiado violento.

Me dicen que podría ser un autosecuestro



¿John? Imposible, ese tipo tiene la cabeza llena de música y le sobra el dinero; algo que debo decir es que ama México, no dudó un segundo para aceptar que tocáramos aquí, le gusta mucho este país: su música, la comida, las playas y las chicas morenas y soñadoras.

¿Cree que puedan tocar sin él?

Desde luego que sí, pero nunca será lo mismo.

Entre los nuevos miembros de la banda, ¿quién lo odia en exceso?

De dónde saca eso. Lo adoran, por decir lo menos.

En la habitación de Fogerty no había indicios, ni llamadas; sólo restos de su desayuno a base huevos con machaca e camarón, café y jugo de naranja. Allí mismo vieron el video: mujer de lentes oscuros, pelo rojizo, rasgos indefinidos, chal en los hombros, jeans, zapatos tenis. Tomó el celular sin delicadeza, probó usarlo, hizo la llamada, borró el número, preguntó algo al vendedor que atendía a dos jovencitas en mini shorts, lo regresó y salió con pasos decididos.

A la tercera vista Mendieta preguntó.

¿Cómo la ven?



Noriega esperó. Toledo aventuró:

La veo muy masculina.

Exactamente, creo que se trata de un varón. Su cuerpo carece de curvas y camina como ranchero. Noriega, ¿tienes identificada alguna banda local?

Claro que no mi Zurdo, en Mazatlán hace mucho tiempo que no hay secuestrados.

Con esto del Tianguis quizá llegaron secuestradores, ¿supiste algo?

Cómo voy a saberlo. Mira, como el presidente llega al rato, los que controlan son los Federales; la verdad no nos permiten participar demasiado; eso de trabajar coordinados es una farsa.

¿Por qué el Góber no quiere que colaboren en este asunto, crees que tema que estén involucrados?

No tengo idea, pero, ahora que lo dices.

Quiero hablar con él.

¿Con el Góber? Estás demente, está ocupadísimo recibiendo invitados de setenta y dos países.

Pues sí quiere que esto se resuelva debe hablar con nosotros, y no la hagas de pedo pinche Noriega, hasta pareces su secretaria.



En el corredor, cerca de donde ocurrió el delito, dos tipos rudos los hicieron a un lado.

Sáquense, dejen el paso libre, el señor va a pasar.

Un hombre de unos setenta y cinco años, moreno, de camisa cuadrada, pantalón caki y finas botas vaqueras, pasó ante sus ojos y los miró como se mira a un asqueroso trío de gusanos.

Media hora después el Góber los recibió en el mismo hotel donde tenía un despacho. Lo único que hizo fue mostrar su desesperación, pretendía vender la imagen de una región hermosa y pacífica y justo el primer día ocurría ese secuestro que de llegar a la prensa internacional estaría perdido.

Señor gobernador.

Lo conminó el Zurdo Mendieta, que nada sabía de miramientos con los políticos y con los hombres de poder.

Cálmese y dígame cómo era la voz que escuchó cuando lo llamaron.

El funcionario pensó unos segundos. Transpiraba copiosamente. Lo acompañaba su secretario particular, un guardia y un cantinero.



Era de mujer, hablaba muy suave.

¿Un poco dulce?

Más bien aniñada, como la de Chabelo, que por cierto podría llegar con el presidente al evento.

Mendieta y Gris se miraron.

Le llamó un hombre.

Aclaró Gris.

Al menos así lo muestra el video de la tienda desde donde le marcó.

Puede ser, pero por favor resuelvan el caso, no podemos exponernos a un escándalo internacional, México tiene todo para ser una potencia turística mundial y.

¿Por qué no quiere que intervengan los Federales?

No confío en ellos; este asunto deben resolverlo ustedes, la policía del estado de Sinaloa.

El tipo continuaba alterado. El Zurdo decidió dejarlo, era mejor valerse de sus propios medios.

Una pregunta más, el celular al que le llamaron, ¿es especial?

Muy especial, sólo conocen el número los Secretarios y mi mujer.



Supongo que sus Secretarios están aquí; quiero hablar con ellos.

Se hallaban en una oficina alterna. Mendieta los vislumbró tranquilos, bebiendo, degustando bocadillos y llamando por sus celulares. Lo vieron entrar como ver a cualquiera del personal de servicio. Noriega solicitó su atención. Un minuto después, con gestos de fastidio, se volvieron a verlos.

Señores, el detective Mendieta quiere hacerles unas preguntas.

Que sean rápido porque estamos hasta el gorro de trabajo.

Dijo el de Turismo, que interrumpió una llamada y aún tenía su celular en la mano.

Salgan todos y quédese usted.

Ordenó el Zurdo.

Los funcionarios, lo observaron sorprendidos y se pusieron de mal humor.

¿Qué te pasa poli? Estamos ocupados, ya lo dijo el colega.

Y los veo agotados.

Se burló Mendieta.

Pero necesito hacer las preguntas en privado.

Dejemos que el señor trabaje.





Propuso un hombre delgado, de mirada penetrante, que era Secretario de Educación.

Creo intuir lo que trae entre manos.

Usted pasa al final.

Propuso el detective.

Noriega, no tengo idea de quién sea este tipo, pero no puede hacer con nosotros lo que le venga en gana. Soy el Secretario de Seguridad y exijo respeto.

Noriega no supo qué responder. Mendieta tuvo que entrar en su auxilio.

Señor Secretario, sino hubiera un secuestrado no estaríamos aquí, así que deje de estar chingando y salga.

¡Cómo se atreve!

Salgamos un momento colega.

El de Educación lo tomó del brazo y lo llevó a la puerta mientras el otro se resistía con la cara descompuesta.

Los bebedores pidieron apresuradamente que les sirvieran tragos nuevos y salieron al pasillo. En cuanto quedaron solos el Zurdo fue al grano. Gris y Noriega observaban.

---

El gobernador recibió la llamada para exigir el rescate por Fogerty a un número de celular que muy pocos conocen, entre ellos, usted. ¿Alguien de su equipo, ha utilizado ese número?

Nadie, lo cuido exageradamente, y disculpe el recibimiento, es que estamos al cien; ¿gusta algo?

¿Tiene Macallan?

¿21 años está bien?

Prefiero el de 12, pero si no hay, ni hablar, doble y con dos hielos.

¿Ustedes?

Noriega quiso cerveza y Gris coca de dieta.

¿Cuándo llegaron los Credence?

Anoche, y hemos estado instalando el equipo; quieren hacer pruebas de sonido a las seis; pero con este contratiempo, no sé.

Mendieta no le quiso decir que a los otros no les importaba Fogerty, que igual tocarían.

¿Sabe de alguien que quiera dañar su figura o la del Góber?

Muchísima gente. No somos lo populares que quisiéramos, y este Tianguis ha irritado a algunos.



¿Algunos que se atreverían a secuestrar a un personaje como Fogerty?

No creo que lleguen a tanto; son gente de la industria, de otros estados que querían el Tianguis y que se los ganamos.

Si es necesario, deberá darme los nombres.

Tampoco es que esté seguro de alguno.

El celular del Secretario no dejaba de sonar, Mendieta pensó que blofeaba y optó por dejarlo con sus broncas, lo invitó a salir y llamó al de Seguridad. Apareció aún irritado pero elegante, con un caballito vacío en la mano que llenó de tequila de inmediato.

Qué chingados quiere saber.

Expresó y vació el caballito.

Cuénteme de su protocolo de seguridad.

Doscientos efectivos distribuidos en cuatro hoteles, en este, que es el Marina del Cid, noventa.

¿Vieron algo?

Nada, si hubieran visto algo no estuviera usted aquí, molestando, señor como se llame.

El detective hizo caso omiso de la ofensa.





¿Reservaron el hotel con tiempo para que sólo lo ocuparan invitados al Tianguis Turístico?

Solo invitados lo ocupan ahora.

¿Está seguro?

Absolutamente, ¿por quién me toma?

Mendieta sonrió, se volvió a Gris que tenía el mismo gesto.

¿Qué les provoca tanta gracia?

Nada. Señor Secretario, necesito un hacker, ¿tiene alguno a su servicio?

Cómo cree, somos un gobierno del pueblo que se guía por la legalidad.

Muy bien. Gracias. Puede salir.

En cuanto quedaron solos, llegó el reclamo de Noriega.

Zurdo, ¿qué pendejada es esa del hacker?

Una muy pendeja; oye amigo, cómprame un cd de los Credence, que sea Willy and the poorboys.

¿Y esa otra pendejada?

Es lo que puedes hacer por mí; seguramente lo consigues mientras veo la tienda desde donde llamó el enlace.

Estás bien pirata pinche Zurdo.



Gris, encuentra a Stevejobs, necesito que se conecte a los teléfonos del gobernador; le van a volver a llamar y necesitamos estar preparados.

Me pongo en ello jefe.

Noriega, trae al de Educación.

Entró el hombre, nariz aguileña, tendría unos sesenta años, barba de candado gris, mirada inteligente. Se llamaba Rivera.

Secretario Rivera, necesito un favor.

Lo que requiera detective.

Quiero todos los números de los celulares del gobernador, los teléfonos del hotel, su número de habitación y el de la oficina donde está instalado ahora.

Rivera lo observó un instante.

Entiendo, se los consigo ahora mismo.

Gracias.

No se ofenda, pero tengo la impresión de que lo he visto en algún lado, ¿ha estado en Los Mochis?

El Zurdo lo observó con atención.

Resolvimos un caso allí, un Asesinato en el parque Sinaloa.



Eso es. Lo vi en el restaurant del hotel Santa Anita.

El mundo es un pañuelo, Secretario, lástima que sea un pañuelo desechable.

Stevejobs, el experto en redes de la PM en Culiacán, con los números en su laptop, se conectó a los teléfonos y esperó pacientemente. El Góber se trasladó al aeropuerto para dar la bienvenida al presidente con los detectives a bordo, listo para recibir la llamada de los secuestradores. Cada tanto Gris marcaba a Culiacán para que el experto no se aburriera. Incluso le mandó la foto del mensaje que les compartió Noriega para que le diera su opinión. En el hotel debieron superar fuertes dificultades con el Secretario de Seguridad que se empeñaba en acompañar a su jefe. El Zurdo no lo permitió.

Ya nos veremos, detective.

Me verá usted, porque yo no tengo ningún interés en volver a mirar su pinche jeta.

El presidente aterrizó sin novedad. El mandatario estatal recibió con un abrazo a su amigo justo cuando sonó uno de sus celulares. Era una clave desconocida. Gris marcó a Culiacán.

---

Tenemos llamada Steve.

Lo sé.

El gobernador susurró al presidente al oído que tenía una llamada de su madre enferma. Sugerencia del Zurdo. Con un gesto, el gran jefe, le indicó que se ocupara del asunto.

Mendieta señaló al Góber que estaban listos. Debía preguntarle cómo entregar el rescate: transferencia, efectivo o ambas cosas; después, dónde soltarían al músico. El aeropuerto se hallaba invadido de agentes federales y estatales más la Guardia presidencial. Un hervidero.

No mencione la hora del concierto, como si no le importara.

El funcionario afirmó con la cabeza.

Diga.

¿Vas a pagar o te mando una mano de tu guitarrista?

Vamos a pagar. Dime cómo le hacemos.

Te llamo en una hora.

Colgó. El Góber, estupefacto, contempló a los detectives que se hallaban tranquilos.

Muy bien, señor gobernador.



¡Pero no me dijo nada!

Son profesionales e intentan evitar que los ubiquemos. Ya veremos que captó nuestro hombre en Culiacán.

Pero, ¿no tenemos uno con esos conocimientos aquí?

Pregunte a su Secretario de Seguridad; ahora atienda usted a su invitado principal; sólo le pido que se reúna con nosotros en esta camioneta o en el hotel en veinte minutos, podrían llamar antes.

Sin saber qué decir y algo crispado, el gobernador fue a cumplir su cometido. En cuanto se alejó sonó el celular de Gris. Contestó Mendieta.

Dime Stevejobs.

Colgaron muy rápido pero alcancé a registrar algo. Es un número americano, probablemente de Arizona, es voz de mujer y por la velocidad de las palabras, me atrevería a decir que está en el otro lado.

No manches; ¿seguro que es voz de mujer?

Por la gráfica, sí; al menos está más cerca de ser femenina que masculina.

No te despegues, quizá llame antes.

Estoy seguro, se escuchaba bastante ansiosa.



En el hotel los esperaba Noriega con el cd de los Credence. Se instalaron en el despacho del gobernador después de pedir al grupo que lo atendía que los dejaran solos. El Secretario de Seguridad no protestó, simplemente se sirvió un trago doble y desapareció.

Bueno, mientras esperamos comamos algo, aquí hay de todo, propuso el jefe de gobierno. Y en efecto así era, la cocina mazatleca es muy rica y allí había pescado zarandeado, ceviches de sierra y de camarón azul, callos de hacha con pulpo y camarón en trozos, filetes de diversos pescados cocinados de varias maneras, marlín ahumado, atún a las brasas y cocteles de mariscos frescos que olían a gloria. Los policías comieron rápidamente. Mendieta probó un coctel de camarón caliente, pulpo con salsa Guacamaya y se sirvió su whiskey. Gris, debido a su embarazo, consumió camarones al coco que calificó de exquisitos.

Iba Mendieta a servirse un segundo trago cuando timbró otro de los celulares del Góber. Gris hizo la misma operación. El político respondió en altavoz.

Como dicen que el güey canta bien, te voy a mandar su lengua, gobernador.

Dime lo que debemos hacer.



Esa voz me agrada, ya vimos que llegó tu jefe, ¿le comentaste algo?

Cómo crees, esto lo arreglamos entre nosotros.

Bien, no quiero tener a esos cabrones encima, haciéndose pendejos y exigiendo su tajada.

Adelante con tus instrucciones.

El funcionario transpiraba, pero se estaba comportando adecuadamente y no le temblaba la voz.

Si me fallas, te voy a mandar la lengua y las manos; quizás agrego la cabeza de una vez.

El Zurdo mostró un letrero escrito rápidamente. El funcionario tragó saliva.

Estoy listo con el rescate, pero quisiera hablar con él.

¿Qué quieres hablar con él? No seas pendejo, gobernador, su español es lamentable. Mejor ponte las pilas, si haces lo que debes te lo regreso vivo y completo, pero no me agradan tus deseos estúpidos.

Algo rápido, por favor.

Estás pendejo. Mejor anota la cuenta y el banco a donde transferirás el dinero.



Mendieta le hizo una seña de que aceptara.

Gris Toledo le pasó una pluma y una servilleta.

El funcionario anotó y el secuestrador colgó. El pobre hombre, pálido, se derrumbó en un sillón. El Zurdo le acercó un shot de whiskey, que el otro bebió de un trago.

Voy a llamar a mi Secretario de Finanzas para que haga la transferencia.

Espere un poco, tranquilícese; tómese otro pajuelazo.

Era delgado, muy blanco, vestía pantalón caqui y una fina camisa blanca.

Dos minutos después entró una llamada de Stevejobs.

Dos cosas jefe Mendieta: existe el banco pero no la cuenta.

No me digas, y la otra.

La llamada la hicieron de Mazatlán y la voz es de hombre.

Órale, o sea que esos cabrones están desparramados.

Esta segunda además, fue hecha de un lugar muy cercano de dónde ustedes se encuentran.

Ándese paseando, ¿estás seguro?

Segurísimo, dio tiempo suficiente para ubicarlo.







Bien, no te muevas Stevejobs.

Gobernador, llame ahora mismo a su Secretario y que haga la transferencia; pídale que antes se asegure de que el banco y la cuenta existan.

Gris decidió darse tiempo para observar de nuevo las fotos del letrero con que los recibió Noriega. Se sentó en un sillón, bebió un poco de su coca de dieta e inició un análisis minucioso de los trazos hechos con aerosol negro. Incluso marcó a Stevejobs para que le diera su opinión. Diez minutos después aventuró.

Jefe, ¿recuerda la foto del mensaje que nos enseñó el capitán cuando llegamos? Tanto para Steve como para mí estos secuestradores son casi analfabetas. Los trazos son muy seguros y no se nota que los hayan hecho para despistar. La palabra yon indica que nada saben de inglés y la z de zi nos lleva a pensar que son locales; la gente de Mazatlán también lo llama Maza, y por alguna razón nunca olvidan la zeta.

Lo dices muy segura.

Ya sabe que me tengo fe, y con el respaldo de Stevejobs más.

Se hizo un silencio espeso.



Sin embargo, el tipo que llamó hace un momento se nota diferente, digamos que habla como instruido.

Eso me pareció.

Dos minutos después el Secretario de Finanzas informó lo mismo que Stevejobs. El gobernador se volvió a los detectives más pálido de lo normal.

¿Y ahora qué hacemos?

Él mismo se sirvió un trago doble y lo vació con desesperación.

No tienen idea de lo que perderemos si este tipo no aparece a tiempo. Sería una injusticia de Dios, los viajeros del mundo no pueden seguir perdiéndose las cosas lindas de este puerto: el viejo faro, el paseo de olas altas, el malecón, la comida regional, la comida de firma, la cerveza, el tequila, los atardeceres, las naves espaciales que de cuando en cuando penetran el mar, la pesca de pez espada, la zona de surfing, las extensas playas, los hoteles como este Marina del Cid que es muy acogedor, el turismo ecológico y las chicas que son guapísimas. También los chicos, añadió Gris sonriente.



Tocaron la puerta.

Noriega abrió y recibió una caja de regalo de un guardia de seguridad. Otro guardia la había recibido en el lobby del hotel.

Para usted, señor gobernador.

El funcionario la abrió sin mayor interés y su cabeza retrocedió con violencia.

¡Dios mío!

Los detectives se acercaron.

Una mano humana, cortada recientemente, ocupaba el centro de la caja. Era pálida, había un poco de sangre negra en el muñón y en el blanco papel de fondo.

¿Traes guantes, Gris?

Sí, pero son pequeños para usted.

No importa.

El Zurdo se calzó un par de dedos, el gobernador se retiró a una de las ventanas de la suite, Noriega no se movió, y palpó el dorso. La volvió para tocar la palma que estaba blanda. Observó. Era una mano derecha, regordeta y de dedos cortos. Sonrió.



No es de John Fogerty, ni siquiera es de guitarrista. Es muy pequeña.

Tomó el cd regalo de Noriega y lo puso en el reproductor del hotel. Se escuchó *Down on the corner*. La dejó unos compases y se pasó a la tercera: *Cotton fields*.

Mi favorita junto con *Have you ever seen the rain*.

Justificó. Noriega movió la cabeza como expresando: Qué pendejada. Gris sonrió y el funcionario se volvió a verlo con cierta irritación.

Antes de un minuto le van a marcar.

Lo enfrentó el Zurdo, le mencionarán lo de la mano. Usted dígales que es una desgracia, que pobre señor, que acabaron con su carrera. Le preguntarán del depósito, usted dígales que anotó mal el número de cuenta, que lo disculpen.

Pero si lo apunté bien.

Por una ventana, con la cortina semicerrada, se vio pasar al hombre de camisa cuadrada con sus dos guardaespaldas. Mendieta continuó.

Si les dice eso, ellos sabrán que los tenemos conectados y entonces no podremos saber qué le pueda pasar al señor Fogerty. No pierda la calma. Pida que lo comuniquen con él. No lo harán, es sólo para que nuestro técnico en Culiacán tenga más tiempo.



No llegaba la canción al minuto y medio cuando sonó el celular especial del Góber. Gris apagó el estéreo.

Si te comportas como un idiota enseguida te llegará la lengua.

Por favor, no le hagan más daño, estamos dispuestos a pagar los cinco millones de dólares.

Que sean diez gobernador, es por el retraso; no hiciste el depósito a tiempo.

Es que apunté mal el número.

Eres un idiota. Anota bien lo que te voy a dictar.

Era otro banco y otro número. Luego colgaron.

El funcionario se volvió preocupado a sus acompañantes.

Quieren diez millones.

Le toca negociar gobernador, quizá se lo dejen en ocho.

Pero el concierto es a las ocho de la noche y son las seis y media.

Trate de llegar a un arreglo, según nuestro experto están muy cerca de aquí y Fogerty tampoco debe estar lejos; además los conciertos de rock siempre empiezan tarde. Son parte del ritual.



Se escuchó el Séptimo de Caballería, sonido del celular del Zurdo Mendieta. El detective lo contempló sin decidirse a responder. El Góber, Gris y Noriega lo observaron. Su instinto le indicó que había allí algo no considerado que debía conocer y salió de la habitación para responder. El caso es que siempre me sorprendes, Samantha Valdés. Soy mujer, Zurdo Mendieta, y si algo sabes de nosotras, es que nos encanta sorprender. Tienes razón. No es que te quiera joder la vida, ya sabes, eres de mi gente aunque no lo seas, pero estoy enterada de en qué andas. Pues, qué quieres que te diga, ¿qué vine al Tianguis Turístico a exaltar las virtudes de las buenas cantinas mazatlecas? No me digas nada; soy yo la que te voy a decir algo, si eres capaz de escucharme un minuto. No quiero, no soy apto, siempre que hablo contigo algo extraterrestre me pasa, mejor nos despedimos. No, escúchame cabrón, seré breve. No, y menos si piensas hablar como política, ¿qué es eso de, seré breve? La poderosa jefa del cártel del Pacífico sonrió. Nada de eso, sólo te diré que los pendejos que secuestraron al músico se equivocaron, iban por el Tigre Ibarrola; sucede que visten igual; cuando se dieron cuenta decidieron sacarle raja, ¿cuánto están pidiendo? Ocho millones de dólares. Dile al gobernador que no los

---

• ◆ •

pague, le voy a arreglar esa bronca. Si esperas que yo le cuente de tu buena acción, te equivocas, no diré una pinche palabra de esta conversación. No te preocupes, sólo dile que no pague, en su momento le haré saber a qué se debió su ahorro y qué me debe dar a cambio. De acuerdo, y si lo quieres saber, dos veces he visto al Tigre en los pasillos del hotel Marina del Cid paseando como en su casa, con dos guaruras. Pues no lo verás más, nos debe algo que deberá pagar hoy mismo. Oye, el Tianguis es muy importante, hay gente como de ochenta países haciendo negocios, no le echas mierda al agua. No me digas que ya te alineaste. Claro que me vale madre, pero he visto al Góber realmente preocupado porque todo salga bien. Y saldrá, al menos nosotros no haremos olas, y lo del Tigre ni se notará, ya verás; oye, recuerda que tienes una cita en mi casa al rato. Si te vienes ahora llegarás a eso de las nueve. Cortó.

Mendieta volvió a la habitación dispuesto a no darle vueltas al asunto.

Gobernador, no conteste, en pocos minutos le pondremos a su hombre en su habitación.

Pero, ¿qué pasó, qué llamada fue esa que recibiste?

Tampoco pregunte. Gris, llama a Stevejobs y pídele la ubicación exacta





del secuestrador que llamó de aquí. Noriega, necesitamos a tus hombres, por si esos cabrones se ponen charrascalosos.

Pero, ¿qué clase de policías son ustedes?

Unos que tienen pacto con el diablo.

Dos minutos después tenían la ubicación.

Oye detective, quiero a ese Stevejobs en mi equipo de seguridad.

Imposible señor gobernador: es un robot.

Además de la gente del capitán Noriega, tenemos personal suficiente, le podemos pedir al Secretario de Seguridad que comisione a algunos.

Mejor que lo cuiden bien a usted y a sus invitados.

Al lado del Marina del Cid se alza un hotel abandonado. Mar de atardecer, tranquilo. Entraron por los riscos de la playa. Se agazaparon en lo que era un hermoso jardín y alcanzaron a escuchar a un secuestrador que hablaba por un celular. Su Beretta fajada en la cintura. A ver si entendí bien: la orden es que lo soltemos así, sin nada a cambio. Lo vieron hacer un gesto de fastidio y cortar. Qué manera de valer madre. Expresó el tipo con rabia, entró al hotel y ordenó la retirada después de gritar que no



quería escuchar ninguna pinche pregunta. Los detectives permanecieron dos minutos quietos mientras los secuestradores se largaban en su auto negro por la avenida Camarones rumbo a la zona de los Mil Restaurantes.

¿Los apañamos?

Quiso saber Noriega. Su gente esperaba en los riscos.

No, el trato es dejarlos ir, y te recomiendo que te pierdas el resto de la noche. Ahora vamos por el bato.

Lo encontraron en una habitación llena de restos de pizza y latas de cerveza vacías, con la misma cinta canela en la boca y en las manos, y con los ojos desorbitados. Mendieta lo liberó, lo ayudó a ponerse de pie y lo llevó abrazado, paso a paso, hacía la salida. El tipo iba llorando. El Zurdo lo conducía con respeto, claro, era uno de sus músicos favoritos. Recordó Graveyard train y sonrió para sus adentros.

En ese momento, en Olas Altas, el ingeniero de sonido en jefe, declaraba que el equipo estaba listo.



---

DEL LIBRO *TRANCAPALANCA*

Merzapoyera

“No hay plazo que no se cumpla ni fecha que no llegue.”

Arregló el suspensor, besó la medalla de la virgen de Guadalupe y se encomendó fervorosamente.

No quiso evitar ver a Abebe Bikila negro apagado por la flama de los colores de su país. Verlo lo remitía a un ambiente de palmeras al amanecer. Sin embargo, su estampa de hombre subde y desnutrido era lo de menos; bajo el amarillo de su camiseta permanecía lo importante, lo que ponía los pelos de punta, esa maravilla que lo sostenía en el trayecto terrible de todas sus carreras; más que los miles de kilómetros de entrenamiento, más que las cuarenta palpitaciones por minuto de su corazón o el mítico deseo de triunfo, más que el amor a su mujer, a la bandera o al presidente, ahí estaba el amuleto que le había regalado el brujo de su tribu un día que Abebe suspendió un entrenamiento para, sin reconocerlo, ayudarlo a cruzar un río caudaloso. El viejo, seguramente transformado en anciano,





se lo obsequió en señal de agradecimiento, diciéndole que cada vez que requiriera de su influjo simplemente lo tocara (eso había declarado a la prensa al llegar a la villa olímpica), y ahora lo estaba tocando.

Bikila pasó sus dedos delgados por aquel triángulo oscuro y cerró los ojos en espera de la señal.

Se hallaban en la línea de salida de los diez mil metros planos. Bikila era el favorito y así lo constataban los periódicos de todo el mundo; él, Juan Antonio Chávez, era considerado un nombre más de los dieciséis que iban a tomar la salida. Y cómo no, si se decía que Bikila estaba corriendo la distancia debajo de los veintiséis minutos.

Pero como todos, tenía su corazoncito y sabía que en ese instante la televisión estaría acercando de vez en cuando su imagen a la patria. Infinidad de camarógrafos pululaba en la orilla de la pista. Había logrado colarse a la final sin esfuerzo y presentía ciertas posibilidades.

Eran muchos años de preparación.

Sólo le preocupaba Abebe y su famoso amuleto; total, él se encargaría de Abebe y la Guadalupana del amuleto. Luego hablarían de cueros y correas. Por lo pronto debía manejarse perfectamente. De seguro, estarían



platicando de él en su continente su país su estado su ciudad su colonia su barrio su calle su casa. Sus padres y hermanos. Los amigos y los parientes. Indudablemente pegados a la pantalla asombrados rezando pidiendo implorando esperando también el disparo de salida. Encendiendo la veladora a la virgen cada vez que alguien abría la puerta.

México tenía derecho a una medalla de oro. A que el himno de Jaime Nunó se alzara en aquellos muros húmedos. Y ahí estaba él con la boca ligeramente seca y unas tremendas ganas de ir al baño. Caballero tigre águila serpiente. Por sus venas corría un tiempo horrendo de abstinencias que al fin vería materializado. Sus piernas conocían de sobra los cerros, la carretera a La Palma y la pista del Tecnológico de Culiacán. Tampoco desconocía los estadios del Centro Deportivo Olímpico Mexicano y Ciudad Universitaria, donde había vencido a los amarrados. Otros tiempos. Ahora, observaba a Bikila tocando de nuevo su amuleto delicadamente como si se tratara de una flor, acariciando sus piernas de ébano mientras los jueces disponían la salida.

Se persignó. Todo el Tepeyac apareció en su cara y escuchó al juez que hacía indicaciones con la pistola en la diestra en un idioma que parecía pelotazos.



El disparo

Abebe toma rápidamente la punta seguido por el checo Hradec; Mora, de Colombia; por Kenya, Biwott; el también etíope Kuro; el norteamericano Scott y el mexicano Chávez. Primera vuelta de las veinticinco que suman los diez mil.

Bikila descalzo paso largo sosegado brisa canto de sirena color de fruta parece que no toca el tartán. El resto sigue el esfuerzo y los que van a perder se diseminan y los que lucharán por las medallas acompañan a Bikila precautoriamente. Chávez atento. Su respiración de pato salvaje es una nave espacial. Su plan de carrera consiste en mantenerse en el pelotón sin alejarse demasiado y sin que lo traicione su temperamento latino; en la de San Silvestre empleó una estrategia similar y aunque no ganó, el resultado fue extraordinario; además, supo que posee una enorme capacidad de recuperación y que su fuerte es el cierre y ahí estaba en pos del etíope que ahora brilla incesantemente bajo el sol europeo, y con quien, debido a una gripa, no pudo enfrentarse en el campeonato de Helsinki. En Nueva York no estuvo Bikila. Chávez, pequeño fuerte sin afeitarse oriundo de la Col Pop barrio 33 miembro distinguido del club Venados Colapinta, a la caza







mayor perdido entre el norteamericano y Hradec. Mora se apodera del segundo lugar, Kuro del tercero, Biwott del cuarto.

Hombres que se hacen fuego  
nobleza.

Vuelta siete pelotón inicia desmembramiento. Bikila se despega. Chávez lo observa sin amargura; conoce de sobra la fuerza del etíope y su estilo despiadado de correr; no evita pensar en el amuleto y palpa la Guadalupana a través de la camiseta blanca. Las posiciones no han variado. El público parece ignorar a los atletas. De vez en cuando se oyen aplausos pero vienen de la zona de lanzamientos. Alguien debe estar rompiendo récords.

Chávez al séptimo lugar. Un japonés ha surgido de algún sitio. Inesperado colapso, Chávez sabe que son muy atrevidos y que no les importa quemarse con tal de intentar lo imposible. Toca la Guadalupana y aprieta un poco. En la vuelta trece está colocado en tercero, atrás de Bikila y Mora; claro, malévolamente presionado por Biwott y Hradec.

Es posible construir puentes con su respiración el estadio es un corazón gigante  
hecho de papel y tabaco.



Bikila se escapa en la vuelta quince. De inmediato supera con diez metros a Mora y Chávez vuelve al sexto. Matsumoto baja estrepitosamente de ritmo.

Bikila da la impresión de estar en la segunda vuelta; al menos eso le parece a Chávez, que a partir de la decimoctava, de acuerdo con su plan, deberá iniciar el acoso del líder. Cuando la competencia de Boston, él se encontraba en lo más intrincado de Bolivia entrenando. Igual pasó en la de Budapest.

La tibieza del momento es un tren los nombres no existen.

Chávez desdobra las curvas y pasa de inmediato al quinto lugar; pero Hradec, que seguramente también tiene su plan, no le permite demasiadas libertades e inician un escarceo donde Biwott es sorprendido y desplazado al quinto.

Chávez pasión esfuerzo herida hidalgo morelos Juárez villa madero zapata Vázquez Gámiz no condesciende y finalmente en la vuelta veintiuno está ubicado en el tercero oliendo a bronce, pisándole los talones al colombiano y a veinte escasos metros de Abebe Bikila cuerpovela remo aeroplano conquista del espacio indicando pautas calmadamente,



aparentemente escuchando el canto prodigioso de los pájaros de su país besando la luna.

Vuelta veintitrés.

Chávez lo intuye; Mora, el vencedor de San Silvestre, está en el límite del esfuerzo y Hradec únicamente desea cumplir. El agotamiento es un nudo. Sólo Bikila, ese negrito con su paso de fantasma, a quien tuvieron que enseñar los números para que supiera cuándo debía parar, le preocupa.

Tiempo de acción

de caída de manzanas.

Faltan dos vueltas y el público al fin ha fijado su atención a lo que sucede en la pista. Gritos aislados de México México México y Chávez inyectado drogado patriotero va por él. Mora pasa a tercero y quince metros. Doce, diez, sus pies lentos como galaxia, ocho.

Faltan seiscientos metros para la meta.

Una almohada vuela

un pájaro trasnocha.

Chávez angina de pecho poliomieltis sarampión difteria tétano varicela y méxicoméxicoméxico y duro duro duro. Seis metros atrás. Víbora de



casca. Virgen de Guada. Bikila advierte y león amenazado llanura lluvia wataंगा. Tres metros. Disparo. Última vuelta. Chávez Biki la doble contra sencillo méxico etiopia américa áfrica meta a trescientos metros recta pegados juntos unidos Bikila alas Chávez alas los sordos los mudos los minusválidos última curva Chávez se repliega tras los talones de Bikila y con él casi un país méxicoméxicoméxico el público de pie la Col Pop de pie. Bebés maravillosos echando dientes. Última recta escasos ochenta metros Chávez caballo de Troya Pipila al parejo Bikila Chávez chavita chavín si pudieran esos hombres abrazarse en este instante sumarse unomásuno dos hombres dos esfuerzos dos historias una medalla cuarenta metros y el empate persiste los espectadores sin aliento los fotógrafos los jueces los periodistas Jesús mío Jesucristo veinte metros méxicoméxicoméxico *spring* la caída de las hojas la calle el locutor diez metros diez la ley de gravedad y sus constantes la relatividad y sus variables Bikila ojos tejido punto de cruz deslave lleva su mano blanca ardiente despampanante al amuleto de ochocientos lulos cinco metros al amuleto y Chávez dos metros el listón al alcance ve siente cómo Bikila sale disparado dejándolo sembrado, en , el, terre...



Todo se acaba  
la noche es noche por oscura.

Mientras le aplicaban oxígeno,  
escuchó la ovación que recibía  
Bikila cuando daba la vuelta olímpica.





Producción y edición: **Carolina Domínguez**

Grabación y edición: **Gabriela Jiménez**  
Estudio Universum, Museo de las Ciencias

Diseño: **Vicente Rojo Cama**  
Formación: **Guadalupe Silva Sámano**





Élmer Mendoza. *El caso de Marlene Stamos y otros cuentos*, de la serie Voz Viva de México (VV-142) de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 22 diciembre 2019, en Offset Santiago, S.A. de C.V., Parque Industrial Exportec, Toluca, Estado de México, se produjo en Grupo Grovercom, S. de R.L. de C.V., Camino a San Mateo 114-A-205, Santiago Occipaco, Naucalpan, Estado de México.

Se tiraron 1 000 ejemplares en papel cultural de 90 grs. Se utilizaron en la composición tipos Garamond (10/14), Bodoni (7/9), Gill Sans (11/13 y 17/19), Frutiger (5/7). Impresión en offset.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carolina Domínguez.